

LA ELABORACIÓN DE UN CÓDICE

*“¡Oh torre de Tábara, alta y de piedra; En el primer asiento se sentó
Emeterio
durante tres meses, su cuerpo se encorvó, y debilitó profundamente su
salud escribiendo con la pluma”.*

Emeterio, copista que terminó el Beato de Tábara.

En las abadías y grandes monasterios, como San Pedro de Cardaña, Silos o San Andrés de Arroyo, había una sala habilitada para la elaboración de los códices: EL SCRIPTORIUM, donde en silencio y con paciencia, en su pupitre o atril, transido de frío, seis horas al día y durante años, el monje realizaba el fatigoso trabajo.

Las palabras de un escriba de la época nos dan idea de su dureza: *“La labor del escriba aprovecha el lector; aquél cansa su cuerpo y éste nutre su mente. Tú, seas quien seas, que te aproveches de este libro, no te olvides de los escribas, para que el Señor se olvide de tus pecados. Porque quien no sabe escribir no valora este trabajo. Por si quieres saberlo, te lo voy a decir puntualmente: el trabajo de la escritura hace perder la vista, dobla la espalda, rompe las costillas, y molesta el vientre, da dolor de riñones y causa fastidio a todo el cuerpo. Por eso tú, lector, vuelve con dulzura sus páginas y no pongas los dedos sobre las letras, porque igual que el pedrisco destroza una cosecha, así el lector inútil borra el texto y destruye el libro”.*

Confeccionar un libro de estas características requería la utilización de diversos materiales y técnicas, así como la colaboración de varios oficios.

Así que retrocedamos mil años en el tiempo para analizar algunos de ellos y reconstruir su historia.

EL PERGAMINERO

El encargado de la preparación del pergamino era el maestro PERCAMENARIUS cuya existencia está documentada durante toda la Edad Media. Utilizaba pieles de diversos animales; pero en el MEDIOEVO, los pergaminos más comunes se hacían de piel de cabra o de oveja (*pecor,-is*), de ahí el nombre de *cartapecora*. Los libros más finos y delicados llamados por los franceses *velin*, -vitela en español- también conocidos como *uterinos*, se preparaban con pieles de corderos, cabritillos

o terneros nacidos muertos. Así debía de ser, pues si pensamos en un feto de no nacido, tendríamos que imaginar el sacrificio de la madre, y si en cada códice se usan unos doscientos pliegos de pergamino, habría que sacrificar doscientas madres con sus doscientos fetos, lo que no parece muy propio de aquel tiempo.

Estas pieles se sometían a un proceso de preparación consistente en su maceración en una mezcla de agua y cal durante varios días, después se raspaban con un cuchillo especial muy afilado (*rasorius*), extrayendo la grasa y eliminando el pelo; nuevamente se lavaban para eliminar todo resto de cal y se secaban y tensaban en el bastidor (*cantiro*). A continuación se cortaban para hacer los folios procurando casar las caras, ya que en un pergamino ambas no son iguales, siendo más oscura la cubierta de pelo que ha estado expuesta a las inclemencias del tiempo que la que ha estado en contacto con la carne, mucho más blanca. Por último, y antes de su uso, se trataba con una especie de apresto hecho con tiza (*creta*) o polvo blanco mezclado con goma arábiga, cola de pieles o cola de pescado, como imprimación.

El pergamino debe su nombre a la ciudad de PÉRGAMO de donde es originario. De su importancia nos dan idea las palabras del apóstol San Pablo a Timoteo al encargarle: “*El capote que dejé en Tróade, en casa de Carpio, tráelo al venir, y así mismo los libros, sobre todo los pergaminos*”. (Epístola II a Timoteo. Capítulo 4.13).

Podemos encontrar códices que conservan las huellas de una escritura anterior que ha sido borrada, son los llamados *palimpsestos*, esta reutilización se trataría de una práctica de economía debido al alto valor del pergamino.

EL COPISTA

Comenzaba por estructurar el folio de pergamino, marcando los márgenes y espacios reservados para el texto y las imágenes. Organizando el texto en dos columnas para una lectura más fácil; para ello utilizaba escuadras y reglas y la punta seca o el lápiz de mina de plomo (*stil di piombo*), y para borrar los trazos erróneos usaba la miga de pan (*molica di pane*). Escribía con letra pequeña y renglones muy juntos, ya que el pergamino era caro y había que aprovecharlo. Su trazo era esmerado, de la misma altura y perfectamente alineado, reflejo de la honestidad que rige su vida y de su espíritu formado en la paciencia.

Los útiles principales del copista eran la tinta y la pluma.

Se pueden documentar durante la Edad Media dos tipos de tinta de distinta composición, una a base de carbón de leña o de negro de humo aglutinada con goma y la otra de nuez de agalla. La nuez de agalla se desarrolla sobre las hojas y los brotes tiernos de los robles, cuando los insectos cinípidos ponen sus huevos. Las agallas negras o verdes se

recolectan antes de que haya salido el insecto y son más ricas en tanino que las agallas blancas que presentan un orificio por el que ha salido el insecto. Estas agallas se machacaban y ponían a remojo en agua y después se calentaban al sol o sobre una estufa. El ácido tánico resultante se mezclaba con sulfato de hierro y como aglutinante goma arábiga (resina de color ambar de la acacia , *Acacia Senegal*).

Con estos elementos y el conocimiento de las fórmulas y proporciones exactas, elaboraban la tinta, y con distintas mezclas entre ellas conseguían los tonos ocre, rojizos, azulados o verdes.

Las plumas podían ser de caña o de ave. San Isidoro (S.VII) dice: *Instrumenta scribae calamus et penna*. Las mejores eran las plumas de cisne y ganso y se sacaban de las cinco o seis más exteriores de las alas. Pero también utilizaban las de otras aves, como el cuervo, la oca, la gallina o la paloma, dependiendo del grosor deseado. Las plumas eran endurecidas dejándolas secar o mojándolas y enterrándolas en arena caliente. Después se raspaban hasta dejar el cañón casi transparente y se cortaba la punta a bisel, afilándola y retocándola, con frecuencia, a medida que se desgastaba.

Para el copista, escribir era combatir contra los ataques del diablo “*con la pluma y la tinta*”.



EL ILUMINADOR

El trabajo del iluminador se desarrollaba en un ambiente mágico y misterioso, parecido al laboratorio de un alquimista.

Podemos encontrarle en la soledad de la bodega del monasterio preparando los colores, batiendo las hojas de oro y plata, preparando los mordientes y aglutinantes y experimentando con fórmulas magistrales.

Su especialidad era ilustrar y decorar los textos escritos por el copista; para ello necesitaba tintas de colores, oro y plata.

De gran importancia para el iluminador eran los pinceles (*pincellum*), de forma, tamaño y calidades variadas. Realizados con pelo de la cola de tejón o de marta, o cerdas de cerdo.

Los colores se obtenían de muy diversas formas, normalmente de pigmentos minerales, salvo el negro que solía ser de carbón. De sustancias terrosas se obtenían los rojos, marrones (café) o amarillos ocreos o bien procedían de residuos naturales de metales: el naranja; o de minerales, como el lapislázuli para el azul ultramar; éste era el más costoso, pues provenía de Afganistán o Persia. También se obtenía azul de la azurita, y de plantas como la hierba pastel (noiglo) o del índigo. El verde de la malaquita. El blanco procedía de la cal, del plomo o de las cenizas de huesos de pájaros; el amarillo intenso del oropimente, o del azafrán.

Todos estos pigmentos, después de molidos, se diluían en clara de huevo batida y se aplicaban con el pincel sobre el pergamino.

Los panes de oro se batían hasta dejarlos tan finos como las alas de una libélula y se bruñían con un diente de animal o con la piedra de ágata.



EL ENCUADERNADOR

En este proceso se ordenan los cuadernillos plegados a mano; después de marcadas las páginas con la numeración correcta, el encuadernador los tiende en un telar donde cose los pliegos y pone las tapas de madera, forradas de piel clavada a la madera, con gruesos clavos, para proteger el códice del roce con otros códices cuando se guardaban en el ARMARIUM, que sería algo así como la biblioteca. Un *armarium* con veinte códices se consideraba una buena biblioteca.

-----0-----

A lo largo de este breve recorrido hemos visto como la especialización en la elaboración de un códice creó distintos oficios y herramientas.

Ya sólo nos queda agradecer a estos hombres su paciente y bello oficio, gracias al cual hoy podemos disfrutar de estas obras de arte realizadas durante diez siglos.

Para concluir, y al igual que ellos, podemos dar gracias a Dios, por habernos permitido finalizar el trabajo: *“Bendito sea el Señor que me condujo al puerto de esta obra. Bendigo también al rey del cielo que me ha hecho llegar sin daño al final de este libro, amén”*.

José-Andrés Martín Fernández

Licenciado en Historia del Arte

Master en Gestión y Evaluación del Patrimonio Histórico-Artístico y Cultural.